

LA SERIE ICONOGRÁFICA PRELACIAL DE VALENCIA

Como una de sus mejores ejecutorias guarda la cristiandad valenciana —en la Seo— la larga, completa y magnífica serie de retratos de sus preladados —obispos y arzobispos— colgada hasta 1936, en la gótica y severa aula capitular antigua de aquel templo mayor, hoy capilla del Santo Cáliz, y desde 1939, de los muros de la moderna Sala Capitular de la misma. Es una de las primeras y más ilustres de España, anterior inclusive a la de Toledo, tan famosa por la jerarquía honorífica de aquella sede y el prestigio histórico de los retratados y de los artistas que les tuvieron por modelo.

Iniciada la de Valencia a mediados del siglo xvi, y, por lo mismo, en momento tan propicio al arte renacentista italianizante, encargáronse a Vicente Juan Macip, “junior”; “Juan de Juanes”, divo local de la pintura en su tiempo, y precisamente para ser pintados sobre cueros o guadamecés, los diecinueve retratos iniciales, que son obra de su prolífico taller, aunque procedan las cabezas, al decir de Tormo, de la propia mano del maestro, y según toda seguridad, el decimonono, íntegramente, de su personal y característica factura, haciendo honor a la fama y la santidad del retratado, nada menos que el santo arzobispo limosnero, Tomás de Villanueva. Cinco más hay también realizados en la, ahora casi en desuso, noble y difícil técnica del guadamecil, los numerables del veinte al veinticuatro, ambos inclusive, pintados por el hijo de Juanes, Vicente, y, no ya como uno de los realizadores materiales del anterior encargo, sino por su propia cuenta, y, al tratarse de arzobispos contemporáneos del artista, en retratos hechos del natural, bien individualizados y no sólo ideales, como los más de los anteriores, referidos a preladados muy antiguos: todos los existentes desde la, ya entonces remota, restauración de la Sede a raíz de la reconquista.

Estos veinticuatro famosísimos guadameciles, “juanescos” de uno u otro modo, representan a los sucesivos obispos y arzobispos de Valencia, desde don Ferrer de Pallarés, primero de esta diócesis, al ser restablecida por Jaime el Conquistador, hasta San Juan de Ribera, último de los cinco pin-

tados por Macip, hijo. Al primero de ambos —el del citado don Ferrer de Pallarés— siguen los de Arnaldo de Peralta, Fray Andrés de Albalat, Jazperto de Botonach, Fray Raimundo Despont, Raimundo Gastón, Hugo de Fenollet, Vidal de Blanes, Jaime de Aragón, Hugo de Lupia y Alfonso de Borja, luego Papa con el nombre de Calixto III, y son los once obispos de la Valencia foral antes de su elevación a cabeza de provincia eclesiástica, es decir, metropolitana. Siguen los de los arzobispos: desde el primero en tal dignidad, el famosísimo don Rodrigo de Borja, luego Papa con el nombre de Alejandro VI, y sus sucesores: el no menos célebre César Borja, que fue, sin estar ordenado de sacerdote, arzobispo antes que duque de Valenciaciis; Juan de Borja, Pedro de Borja y Llansol, Alfonso de Aragón, Erardo de la Marca, Jorge de Austria, el ya citado Santo Tomás de Villanueva, Francisco de Navarra, Acisclo de Moya de Contreras, Martín Pérez de Ayala, Fernando de Loaces y el también aludido San Juan de Ribera, que a su jerarquía archiepiscopal unió otras civiles, bien conocidas, en este Reino.

Los últimos cinco, pintados, según se dijo, por el hijo y sucesor del artista que hicieron famoso las tablas del Salvador y las "Bodas místicas", existentes, entre otras suyas, en nuestro Museo Provincial de Bellas Artes, instalado en San Pío V.

La base de estas atribuciones a la segunda y tercera generación de la familia Masip, reside en los documentos aducidos por Sanchis Sivera, tres de los cuales, los más modernos, de 1568, 1585 y 1588, se refieren a Vicente Masip, el menor, de los que se deduce que pintó dos veces el del Santo Juan de Ribera, retratado también, para el "capítulo", por Juan de Saranyena en virtud de documentos del "libre de obras" de 1611.

Tres de estos retratos, que escogimos como los más característicos, al confiársenos tal selección, fueron expuestos por la benemérita Sociedad Española de Amigos del Arte, para la famosa exposición de "Cordobanes y Guadamecés" celebrada en Madrid en 1943, una de las más importantes de las promovidas por dicha entidad, todas trascendentes para el estudio del arte español: los de los obispos don Andrés de Albalat y don Vidal de Blanes y el del ya citado protoarzobispo de Valencia don Rodrigo de Borja, ocasión en la que se les admiró y elogió con toda justicia, pese a la vecindad, que hubiera podido resultar abrumadora, de las más ilustres piezas del arte guadamecilero hispánico allí reunidas, en conjunto literalmente fabuloso. Pintados en tan difícil técnica, representaron dignamente a Valencia en aquel momento, revelando el mérito de esta serie maravillosa, a la que hacía especial referencia el erudito Catálogo de la muestra, tan decisivo como los de las restantes exposiciones de la "Sociedad", para perpetuar sus muestras historicoartísticas.

Posteriores y ya pintados sobre lienzo, pero bien dignos, los más, de tan nobilísima ascendencia, son los siguientes retratos del interesante episcopologio valentino: el de don Pedro de Castro, arzobispo electo que no

llegó a tomar posesión, de autor desconocido; el de Fray Isidoro Aliaga, decimocuarto arzobispo de Valencia, por Ayerbe; los de los dos prelados sucesivos, Fray Pedro de Urbina y don Martín López de Hontiveros, por Jerónimo Jacinto Espinosa, aunque el segundo acusa una factura algo distinta, menos espinosiana, quizás debida a la intervención restauradora de Vicente Salvador a que nos referimos luego; el de don Ambrosio Spínola, del que sólo se sabe quién lo restauró, José Medina, en 1709; el de don Luis Alfonso de los Cameros, también atribuido por Tormo a Espinosa, asignación que deberá revisarse con un detenido repaso de los documentos, máxime cuando consta fue restaurado en 1676 por Vicente Salvador Gómez, el interesante pintor valenciano —con resonancias estilísticas velazqueñas¹, aquí insólitas—, restaurador asimismo del referido retrato del arzobispo Hontiveros; el del famoso Fray Juan Tomás de Rocaberti, constructor del Colegio de clérigos menores de “San Pío V”, albergue actual del Museo de Huerta; el de su sucesor, Fray Antonio Folch, por Evaristo Muñoz; los, de autor desconocido, que representan a los arzobispos don Andrés del Orbe, don Andrés Mayoral, tan ilustre y benemérito, y don Tomás de Aizpuru; el de don Francisco Fabián y Fuero, por Inglés; y los, sin autor claramente asignable, de los sucesivos prelados de esta diócesis, don Antonio Despuig, don Juan Jiménez del Río, Fray Joaquín Company (el retratado por Goya y Agustín Esteve, varias veces ambos, una de cuyas versiones, la mejor, del maestro de Fuendetodos, de cuerpo entero y briosa técnica, guardó hasta 1936 la parroquia valenciana de San Martín, y parece estar hoy en Kentucky (U. S. A.), y otra, sólo de la cabeza y poco más, acaba, hace meses, de ingresar en el Museo del Prado). Siguiendo los de Fray Veremundo Arias, don Simón López, don Joaquín López Sicilia y don Pablo García Abella.

A éstos siguen, en la completísima serie episcopal valentina, venturosamente salvada del cuantioso desastre de las pinturas de nuestra Seo en julio del 36, los retratos del cardenal Mariano Barrio, por Rafael Montesinos, buen pintor valenciano del romanticismo; del cardenal don Antolín Monescillo, por Cebrián Mezquita, asimismo notable artista del pincel y de la flor; del cardenal don Ciriaco Sancha, por Eduardo Soler —pintor arcaista y devoto, un poco representante aquí del “prerrafaelismo”—, y del cardenal don Sebastián Herrero y Espinosa de los Monteros, por Lamberto Alonso, el celebrado cantante hijo de Godella, que fue también buen pintor; así como los del cardenal don Victoriano Guisasola y Menéndez, luego Primado de Toledo; y del arzobispo don Valeriano Menéndez Conde, por el mismo pintor-músico; y los igualmente estimables del arzobispo don José María Salvador y Barrera y del cardenal don Enrique Reig y Casanova —también

¹ «Reflejos velazqueños en Valencia», por F. M.^a Garín en «Varia velazqueña». Madrid, 1960.

elevado luego a la mitra de San Idefonso— en muy semejante estilo. Cierra la serie el retrato del más reciente prelado fallecido, don Prudencio Melo y Alcalde, obra del pintor contemporáneo Ricardo Navarro Povés, cuya técnica acusa, en parte, el sintetismo de las modernas tendencias artísticas.

Todos estos retratos episcopales, colocados, entre guirnaldas y colgaduras, en las verjas de la puerta principal barroca de la Catedral, obra de Conrado Rodulfo, ahora más visible al despejarse las perspectivas de la plaza de la Reina, reciben con gozo y esperanza a los nuevos prelados en el día de su entrada solemne en la ciudad que es cabeza de la Archidiócesis, como augurio y salutación al que va a regirla, y son exponente, fuera de estas ocasiones excepcionales, en su emplazamiento indicado al principio, de una empresa secular artística mantenida por comitentes y pintores en continuidad ejemplar.